

EL *ENGLISH CAPTAIN*
DE THOMAS WINTRINGHAM (1939).
MEMORIA Y OLVIDO
DE UN BRIGADISTA BRITÁNICO

English Captain *by Thomas Wintringham (1939).*
Memory and oblivion of a British volunteer

Luis ARIAS GONZÁLEZ

Fecha de aceptación definitiva: 15-09-2009

RESUMEN: Thomas Wintringham llegó a ser jefe del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales en la batalla del Jarama; sobre su experiencia en la Guerra Civil española, escribió un libro que es mucho más que unas memorias al uso al ofrecer aspectos originales de análisis e interpretación de la misma y un reflejo de su compleja personalidad. Tanto su agitada vida como su trayectoria política de izquierdas —que fue desde el comunismo más estricto al laborismo— quedarían marcadas para siempre por su intervención en España y este hecho y esta obra le convertirían en uno de los mayores expertos teóricos militares ingleses de todos los tiempos.

Palabras clave: Thomas Wintringham, Brigadas Internacionales, Guerra Civil, memorias, expertos teóricos militares.

ABSTRACT: Thomas Wintringham became the commanding officer of the British Battalion in the International Brigades during the Battle of Jarama; he wrote a book about his experiences in the Spanish Civil War which is more than memories are usual because it offers original points of view about it and a real image of his complex personality. His very hectic life was affected by this experience such as his

left-wing political belief—from dogmatic communism to Labour Party—. His Spanish adventures marked him for ever and this event and this book turned him into one of the most important British military intellectuals.

Key words: Thomas Wintringham, International Brigades, Spanish Civil War, memories, military intellectual.

Las publicaciones referidas a las Brigadas Internacionales siguen creciendo de una manera casi exponencial¹ y, dentro de ellas, los estudios, homenajes, memorias, biografías, etc., que tienen como elemento central el reducido contingente británico que formó parte de las mismas —no más de unos 2.300 hombres entre un total cercano a los 40.000 brigadistas— ocupa un más que significativo volumen². De entre todos sus componentes, hay uno que recientemente ha vuelto a despertar un enorme interés en su país de origen debido sobre todo a su faceta como escritor e intelectual revolucionario; me refiero a Thomas Wintringham³ y su obra *English Captain* sobre la Guerra Civil española; una obra que a

1. Vid. RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando: *Bibliografía de las Brigadas Internacionales y de la participación de extranjeros a favor de la República (1936-1939)*. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel», 2006.

2. Hay una exhaustiva recopilación bibliográfica en BAXELL, Richard: *British Volunteers in the Spanish Civil War: The British Battalion in the International Brigades, 1936-1939*. Londres: Routledge/Cañada Blanch Studies on Contemporary Spain, 2004. También pueden verse recogidos multitud de títulos en la completa página web http://www.international-brigades.org.uk/british_volunteers/, referidos sólo al ámbito británico; son cerca de dos centenares de obras que abarcan aspectos como el de las memorias y reportajes de los voluntarios (63 obras, 10 de ellas inéditas), las impresiones directas de otros testigos oculares más o menos ajenos a las Brigadas Internacionales (34) y los estudios que podríamos denominar «académicos» y que superan con creces la cincuenta. En España, el estudio mejor y más completo sobre la literatura autobiográfica de los brigadistas anglófonos es el de CELADA I MARTÍ, Antonio R.; PASTOR GARCÍA, Daniel y GONZÁLEZ, Manuel: *Los brigadistas de habla inglesa y la Guerra Civil Española*. Salamanca: Ambos Mundos, 2006.

3. Dejando al margen la multitud de artículos y discursos publicados que llevan su firma y renunciando a presentar los muchos escritos inéditos que sobre él se encuentran en diferentes archivos, especialmente en el Liddell Hart Centre for Military Archives, del King's College de Londres, sus principales libros son éstos: *War! And the way to fight against it* (Londres: Communist Party of Great Britain, 1932), *Air Raid Warning! Why the Royal Air Force is to be doubled* (Londres: Workers' Bookshop, 1934), *The Coming World War* (Londres: Wishart, 1935), *Mutiny. Mutinies from Spartacus to Invergordon* (Londres: Stanley Nott, 1936), *English Captain* (Londres: Faber&Faber, 1939 y Londres: Penguin, 1941), *How to reform the army* (Londres, 1939), *Deadlock War* (Londres: Faber&Faber, 1940), *New Ways of War* (Londres: Penguin Special, 1940), *Armies of Freeman* (Londres: Routledge, 1940), introducciones a los libros de MIKSCHÉ, Ferdinand Otto: *Blitzkrieg* (Londres: Faber&Faber, 1941) y LEVY, Yank: *Guerrilla Warfare* (Londres: Penguin, 1941), *Peoples' War* (Londres: Penguin Special, 1942), *Freedom is our Weapon. A Policy for Army Reform* (Londres: Kegan Paul, 1941), *Politics of Victory* (Londres: Routledge, 1941), *Weapons and Tactics from Troy to Stalingrad* (Boston: Houghton Mifflin, 1943), una peculiar novela escrita bajo seudónimo —'Gracchus'— *Your M.P.* (Londres: Gollancz 1944) y su libro póstumo de poemas *We're Going On — Collected Poems* (Londres: Smokestack Books, 2006). El mejor libro que hay sobre él, sin lugar a dudas, es el que ha efectuado PURCELL, Hugh: *The Last English Revolutionary: A Biography of Tom Wintringham 1898-1949* (Gloucestershire, Sutton Publishing Limited, 2004); casi todos los datos en torno a Wintringham que aparecen en esta

día de hoy aún no cuenta con traducción a nuestro idioma⁴ a pesar de que fue publicada por la editorial Faber&Faber en 1939 y obtuvo tan buena acogida en el Reino Unido que dos años después —1941—, salió a la calle una nueva edición en la popular firma Penguin, la cual también tardó bien poco en agotarse, quizás por las referencias proféticas que contenía sobre una inminente Segunda Guerra Mundial que azotaba por entonces con enorme fuerza a las Islas Británicas o quizás por la efímera fama de la que Wintringham gozaba en ese momento al poner en marcha la «Home Guard». Acabada la Guerra Mundial, el influjo de nuestro autor en los medios británicos se fue reduciendo progresivamente con el paso del tiempo y con la circunstancia de su temprana muerte, hasta el punto de que esta obra, que había sido concebida para «todos los públicos», acabó interesando sólo a un pequeño núcleo de historiadores especialistas, fundamentalmente anglosajones, mientras que raramente aparece citada, y casi siempre de forma muy marginal, en el ámbito geográfico al que hace explícita referencia. Sin embargo, este libro, a los setenta años de su aparición, sigue siendo una obra fundamental junto a la de Orwell⁵, personaje con el que tantas cosas compartió vital y anímicamente, a pesar de que éste ingresara como voluntario en las milicias trotskistas del POUM y que procediera del IPL (Independent Labour Party), dos de los mayores «demonios» contra los que, como se verá, Wintringham pelea constantemente a lo largo de estas páginas.

THOMAS HENRY WINTRINGHAM: ENTRE EL COMPROMISO Y EL DESENCANTO

En su monumental y magnífica biografía, califica Hugh Purcell a Tom Wintringham como «el último Revolucionario inglés» y, sin duda lo fue, pero hay que unir a este aspecto determinante de su vida otras muchas características y aptitudes que conformaron su compleja personalidad y que le integran de pleno derecho en la nómina de aquellos peculiarísimos intelectuales británicos de izquierdas que surgieron durante la primera mitad del pasado siglo y cuya proyección cultural —y, por qué no, vital— ha superado ampliamente el ámbito concreto del Reino Unido para extenderse por todo el mundo. Quizás fuera

introducción están sacados de sus páginas que también le debe una buena parte de las interpretaciones y valoraciones que aquí se vierten. Además de esta obra definitiva, las menciones más amplias sobre nuestro autor pueden encontrarse en SMITH, Adrian: «Wintringham, Thomas Henry (1898-1949)» (*The Oxford Dictionary of National Biography*, vol. 59. Oxford, 2004, pp. 817-820), CALDER, Angus L.: *The Common Wealth Party 1942-1945* (University of Sussex, 1968), FERNBACH, David: «Tom Wintringham and Socialist Defence» (*History Workshop Journal*, 14, Autumn 1982, pp. 63-91) y CULLER, Stephen: *Home Guard Socialism. A vision of a People's Army* (Londres: Allotment Hut Booklets, 2006).

4. Se encuentra ya en fase de impresión una edición traducida y comentada de esta obra a cargo de la editorial Akrón con el título de *Un capitán inglés en las Brigadas Internacionales*. León: Akrón, 2009.

5. La cercanía es mucho mayor con la obra póstuma *Mi Guerra Civil Española* (1968), esa miscelánea compuesta por fragmentos de diario, cartas, reflexiones, etc., que con la sobradamente conocida *Homenaje a Cataluña* (1938).

demasiado joven y estuviera demasiado implicado en su compromiso y en su idea de la responsabilidad como para pertenecer al sobradamente conocido círculo de Bloomsbury⁶, además, nunca hubiera resultado ser lo suficientemente «snob» para ellos, ni sus intereses estéticos tampoco eran exactamente los mismos; por otra parte, su temprana muerte, la traumática expulsión del Partido Comunista y el alejamiento total, tras sus estudios, de la Universidad debido, fundamentalmente, a su participación en la Guerra Civil le impedirán pertenecer al prestigioso marxismo británico de posguerra representado por el círculo de los historiadores comunistas encabezados por Hobsbawm, Edward Thompson, Christopher Hill y el resto de los componentes de *Past and Present*. En donde, sin duda, se hubiera encontrado más a gusto sería en el seno del movimiento denominado como «Nueva Izquierda» —«New Left»— pero su origen acaecerá siete años después de su propio fallecimiento⁷, con lo que ha quedado así en una especie de «tierra de nadie». De todas formas, y dada su manera de ser, es más que probable que hubiera rechazado de manera airada la etiqueta de «intelectual» o de «artista», términos ambos que le gustaban más bien poco puesto que los usa despectivamente en diferentes ocasiones a lo largo del libro. También, es más que probable que rechazara cualquier otro encuadramiento en el que quisiéramos ponerle y, como mucho, admitiría sólo tres adscripciones: la de poeta, la de aprendiz permanente de casi todo y la de eterno defensor de la libertad en el sentido más amplio de la palabra. Tres rasgos que nos indican hasta qué punto Tom Wintringham fue, en realidad, un romántico empedernido, por más que se empeñara en ocultarlo infructuosamente bajo la capa del marxismo doctrinal y la defensa a ultranza del principio de la Razón y del pensamiento lógico en la actuación humana. Tras su aspecto tímido, su calvicie y sus gafas de miope que le conferían un aire de maestro de escuela o de antiguo seminarista había una persona que amaba la acción por la acción, con una voluntad admirable y una gran capacidad de trabajo —de ahí la atracción que sentía por el pragmatismo americano y por la eficacia organizativa soviética—, a pesar de que se viera a sí mismo como un vago. El radicalismo político por el que se decantó desde muy joven y del que se va ir desencantando poco a poco fue, sobre todo, una opción más sentimental que ideológica, al modo con el que lord Byron —al que, por cierto, siempre cita como precedente en el tiempo de las Brigadas Internacionales— se dejó llevar por las explosiones revolucionarias de su época. Cuando busca un paralelismo a su actuación militar y a su entrega como voluntario, no lo busca en los héroes bolcheviques sino en los agitadores sociales —los «levelers» y «diggers»—, en los caudillos militares ingleses y en los «capitanes de fortuna» de la Guerra Civil, de la Edad Moderna, y de la primera expansión imperial británica a los que admiró de niño y de adolescente y que constituyen

6. Vid. BELL, Quentin y GÓMEZ DE LIAÑO, Ignacio: *El grupo de Bloomsbury*. Madrid: Taurus ediciones, 1976.

7. Vid. CARLIN, Norah y BIRCHALL, Ian: «Eric Hobsbawm and the working class», *International Socialism Journal*, Otoño, 1983, pp. 88-116.

para él su verdadero modelo de actuación y comportamiento hasta el punto de que él mismo se autodefine como «un Capitán inglés». Como una consecuencia más de este Romanticismo en el que se desenvuelve, está el principio de sus múltiples contradicciones vitales patentes en variadas circunstancias; por ejemplo, su afán por derrotar al fascismo al que considera el mayor enemigo existente de la democracia se da en paralelo a su absoluta pertenencia y entrega a un rígido Partido Comunista alineado totalmente con las tesis de Stalin a quien no se atrevió jamás a criticar en público; la valoración que tiene de la amistad y de la camaradería de muchos compañeros de armas choca con lo que ve en algunos mandos de las Brigadas Internacionales a los que considera tan ignorantes como insensibles; su exquisita formación cultural y su sensibilidad y profundidad de análisis es puesta en muchas ocasiones al servicio de consignas y eslóganes de lo más dogmático; la admiración que siente por el valor de los soldados españoles no le impide en ocasiones adoptar posiciones chauvinistas o dar por buenas generalizaciones y obviedades sobre el carácter español o sobre otros pueblos y razas...

Debido a su tendencia permanente a la modestia y el pudor que mantiene siempre a la hora de hablarnos sobre su persona hacen que apenas se encuentren datos concretos de su vida en este libro, una ausencia de por sí muy llamativa en cualquier autobiografía que se precie a pesar de que una y otra vez repita que no es su intención, en ningún momento, el hacer una obra autobiográfica al uso. La poca información que aporta se circunscribe a estos hechos: nos menciona algo de su procedencia familiar, de ciertos antepasados suyos —un predicador de la época de los Estuardo— que se enfrentaron a la monarquía absoluta en su momento, de sus padres librepensadores y tolerantes, de su niñez enfermiza y su carácter soñador, de su formación escolar como alumno de una progresista —y muy exclusiva— escuela privada, hay también unas breves pinceladas sobre su paso por la Universidad y su formación militar en la misma, menciones mínimas a su servicio militar en la I Guerra Mundial en Europa y se exhibe algo más al hablarnos de su participación en el movimiento obrero inglés —el motín por la desmovilización, la gran huelga general, sus actividades de agitación y propaganda...— y de sus primeros pasos como escritor y periodista, oficios con los que él siempre se identificó por encima de todos los demás. Por contra, describe con todo lujo de detalles su actuación en la Guerra Civil; las personas que conoció, sus diferentes destinos, avatares, heridas y desventuras de todo tipo están contadas minuciosamente, lo cual no impide que adopte ante este relato un cierto tono irónico y distanciado en el que siempre cabe la más feroz autocritica como bien demuestran sus palabras: «Cuatro días de combate en quince meses de guerra no es un balance como para presumir en exceso; en realidad, este libro no es ni sobre mí mismo ni sobre mis experiencias». Quizás por eso, convenga exponer en este artículo un resumen somero de su vida para entender un poco mejor tanto la personalidad del autor como el propio libro en sí, ya que, intencionadamente, silencia en él algunos episodios fundamentales de la misma, entre otros el verdadero motivo de su llegada a España y su relación

con la que acabaría siendo su segunda esposa y, por ende, una más de las causas que le llevaron a darse de baja en el Partido Comunista.

Thomas Henry Wintringham vino al mundo el 15 de mayo de 1898, en la localidad de Great Grimsby a la que define como «una ciudad de sólida prosperidad victoriana» en el Lincolnshire, una región de la que se acuerda a menudo con añoranza en *English Captain*. Sus padres (John Fildes Wintringham —1866-1940— y Eliza «Muv» Mapson Workman —1868-1937—) pertenecían a la clase media alta local, de hondas raíces liberales y partidarios de Gladstone; personas de gran influencia local (hay una escuela y una carretera que llevan su nombre), de hecho el apellido Wintringham está vinculado a una casa solariega —«Wints»— edificada, como él mismo nos dice, con «sólidos ladrillos victorianos», sobre los restos de una antigua abadía medieval; el negocio familiar desde hacía bastante tiempo era una firma comercial muy importante —Grange & Wintringham— con saneados ingresos. Eran siete hermanos —siendo él, el tercero—, muchos de los cuales simpatizaron con el comunismo. Tom ingresó a los doce años en el colegio de Gresham's, en Holt —cerca de Norfolk—, en donde estuvo hasta completar sus estudios secundarios. Este elitista centro educativo, propiedad de la compañía Fishmongers, tenía sin embargo una filosofía pedagógica muy progresista para la época y sólo imponía tres limitaciones: «no fumar, no blasfemar y no ser impuros»; en sus pupitres coincidiría con otros chicos que acabaron destacando en la política o en el arte (W. H. Auden, Cedric Belfrage, Benjamin Britten, Erksine Childers, James Klugman, Donald MacLean, Ben Nicholson, Lord Reith, Wilfred Roberts, Roger Simon, Stephen Spender...). Fueron años decisivos en su formación ya que aquí se inició en el periodismo editando la gacetilla escolar, comenzó a escribir poesía y desarrolló su pasión por la mecánica; también recibió su primera instrucción militar como oficial de la reserva. Aunque obtuvo una beca «Brackenbury» para estudiar historia moderna en el Bracenose College, Oxford, en 1915, no llegó a tomar posesión de ella al entrar como voluntario en el ejército en donde sirvió como mecánico y como correo motorista en el recién creado cuerpo de aviación —«Royal Flying Corps»— desde junio de 1916 hasta febrero de 1919, años en los que estuvo destinado en la División Kite-Balloon, de globos aerostáticos, llegando a soldado de 2.ª clase. Una de sus primeras muestras de rebeldía tuvo lugar en la participación y organización de un motín en junio de 1918; finalmente, la acusación quedó reducida a «ausentarse del cuartel sin pase»; fue este «motín de barracón» una de las muchas insurrecciones menores y silenciadas que tuvieron lugar tras acabar la Guerra Mundial y en las que los soldados pedían que se adelantase su licenciamiento. Mientras servía en el ejército en el frente occidental sufrió un grave accidente de moto el 11 de noviembre de 1918, pasando su convalecencia en el hospital de Newton Abbott, en Devon. Abandonó definitivamente el ejército en 1919. Como excombatiente —aunque nunca llegó a participar de forma directa en batalla alguna— tuvo el privilegio de obtener su licenciatura universitaria mediante un curso especial reducido a tan sólo cinco trimestres, lo que le permitió graduarse en junio de 1920, en el prestigioso Balliol College de Oxford. Durante su estancia en la ciudad universitaria,

sucedrán dos hechos trascendentales en su vida: entró en contacto con el comunismo a través de un profesor y empezó su agitada vida sentimental con Christina Roberts, su primera novia y amiga y confidente postal de por vida. En las vacaciones veraniegas escolares de 1920, visitó Moscú conjuntamente con Esmond Higgins, bajo el nombre ficticio de «Wint» y a su regreso creó un grupo de estudiantes vinculado a la Tercera Internacional. En 1921, entra en la firma de abogados «Innert Temple» de Londres y contacta con el dirigente comunista anglo-hindú Rajan Palme Dutt. En 1922, durante el verano participa en la Escuela de Verano Laborista de Scarborough donde conocerá a su primera mujer; en febrero de 1923 se afilió al Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), usando el sobrenombre de «Lincoln» y pasando a trabajar como ayudante de editor en el semanario comunista *Workers' Weekly*, puesto que ocupó hasta 1925. El 31 de agosto de 1923 contrajo matrimonio con su correligionaria Elizabeth Emma Arkwright. Hizo compatibles su labor como periodista con la preparación para llegar a ser abogado —«barrister»—, profesión que en Gran Bretaña, a diferencia de otros países, no exige obligatoriamente estudios previos de Derecho. Sin embargo, esta salida profesional, enfocada también dentro del Partido, quedó truncada al ser acusado de sedición y amotinamiento, pasando una temporada en la cárcel de Brixton y Wandsworth —entre octubre de 1925 y abril de 1926— circunstancia que le inhabilitaría para el desempeño futuro de la profesión legal. Al salir, se trasladó definitivamente a Londres donde trabajó al servicio del Partido preparando la fracasada huelga general del 4 de mayo de 1926. Esta huelga tuvo una represión fortísima por parte de sir William Joynam-Hicks, el ministro del Interior que quiso dar una contundente lección a los comunistas ingleses a los que se acusó de estar al servicio de Moscú y de preparar una revolución bolchevique a gran escala. Wintringham fue aislado e incomunicado, mientras se registraba su casa, al igual que le pasó a su jefe John Campbell, a Harry Pollit, secretario entonces del movimiento «Minoría Nacional Comunista», a William Rust, secretario de la Joven Liga Comunista y a otros cuatro líderes que fueron llevados a juicio y acusados de «conspiración para publicar libelos sediciosos e incitar a las personas a violar el «Acta del Motín» de 1797». Tras salir de este nuevo arresto, se convirtió en editor jefe del semanario *Workers' Life* que sustituía a la cabecera del *Workers Weekly*, desde mayo de 1926 a junio de 1930; luego, fue también editor del relanzado *Daily Worker*, desde enero de 1930 a 1936. Sus colaboraciones se extendieron a otras publicaciones comunistas como *Labour Monthly*, en donde se hizo cargo de los temas militares. Fue en las columnas de este rotativo y en una serie de folletos que publicó por entonces, en donde sentó las bases de sus ideas sobre el arte de la guerra contemporánea tan acertadas como premonitorias en muchos casos, a la vez que hacía una campaña a favor del pacifismo siguiendo las consignas del Partido. Aunque formó parte muy activa de la organización política del CPGB en los años 30, empezó a discrepar de su línea política ferozmente stalinista, propugnando más un comunismo de alianza y de cooperación que de la lucha de clases a ultranza que era la idea defendida por la Komintern. Sin embargo, acabó por ser escuchado y muy tenido en cuenta cuando la propia

Komintern en su VII Congreso —1935— ante el auge imparable de los fascismos propuso la formación de «Frentes Populares» por los que venía abogando desde hacía tiempo. En 1934 se le dio el encargo de organizar la Internacional de Escritores (sección británica), destinada a convertirse en la vanguardia literaria de la revolución en ciernes; él fundó la organización y fue elegido tesorero. En 1934, se convirtió también en el fundador, editor y principal redactor de la *Left Review*, el primer periódico literario británico de corte totalmente marxista. Aunque publicado por Wintringham y apoyado por el Partido Comunista, admitió a escritores de todas las tendencias del socialismo, sin que importara demasiado su filiación política. Mientras tanto, su vida familiar se iba complicando cada vez más; su primer hijo, Robin, nacido el 13 de noviembre de 1926 moriría a los seis meses; tendría un segundo hijo, Oliver Joseph —«O.J.»—, el 18 de marzo de 1929 y, fuera del matrimonio, una hija, Lesley, «Lesh», en septiembre de 1931, fruto de sus relaciones extramatrimoniales con una mujer llamada Millie a quien había conocido un año antes. El Partido recriminó a Wintringham sus escarceos amorosos, acusándole de donjuanismo —un remoquete que le iba a perseguir durante toda su vida— y obligándole a volver con Elizabeth en mayo de 1932, teniendo que abandonar a su hija que fue criada en un hospicio hasta los once años.

A los pocos días de comenzar la Guerra Civil en España, Wintringham, que estaba en un campamento de verano antifascista en Gales, acude enseguida tanto por voluntad propia, en la que sin duda pesó el hecho de poder salir de la enrarecida atmósfera que era su casa, como por la decisión inapelable del Partido expresada por su máximo dirigente Pollit. La excusa fue la de acompañar a un grupo de ambulancias donadas por distintas organizaciones británicas y actuar a la vez como corresponsal del *Daily Workers* y del *Labour Monthly*. Aunque parece ser —según Hugh Slater— que estas actividades servían de pantalla para esconder su verdadero motivo y que no era otro que crear el embrión de lo que luego serían las Brigadas Internacionales y sobre las que Wintringham tenía sus propias ideas y planes muy bien preconcebidos. Está atestiguada la presencia de nuestro autor en Barcelona con los vehículos sanitarios la última semana de agosto de 1936, cuando ya existía el «Grupo Tom Mann»⁸ de voluntarios ingleses, pero no se unirá a ellos —por indicación expresa de Pollit— hasta después de que tuviera lugar la desdichada aventura mallorquina del capitán Bayo en donde este puñado de ingleses participó con gran arrojo y se incrementó su número hasta convertirse ya en toda una Centuria, la «Centuria Tom Mann». Hay una foto⁹ fechada a finales de septiembre que nos da cuenta de este hecho, algo

8. El nombre de este grupo de voluntarios británicos correspondía al sindicalista inglés Tom Mann (1856-1941).

9. El grupo con una bandera-pancarta detrás donde puede leerse «Centuria Inglesa Antifascista «Tom Mann». Disciplina proletaria vencerá al fascismo». Está formado —de derecha a izquierda— por Sid Avner, Nat Cohen (jefe del grupo), su compañera Ramona, Tom Wintringham y Georio Tioli (ambos agachados en el centro, con los fusiles cruzados en aspa), Jack Barry y David Marshall. Esta conocida foto se encuentra accesible en <http://listserv.cddc.vt.edu/marxists/archive/wintringham/pictures/spain2.htm>.

que Wintringham escamoteará a sus lectores de 1939, probablemente siguiendo alguna consigna encaminada a preservar el secreto de su misión; en la instantánea, aparece sin gafas, ni bigote, con un aspecto de fortaleza física que contrastará vivamente con su imagen posterior, bronceado y vestido como un turista, con pantalón blanco y alpargatas; a la vez informará de la actuación de los mecánicos ingleses que habían trabajado como voluntarios en la fábrica de motores Hispano-Suiza y en la General Motors de Barcelona. Esta labor de informante quedará oculta al igual que otro hecho que sucedió también en estos primeros y confusos días de la Barcelona revolucionaria cuando conoce a la que será su segunda esposa, la periodista norteamericana Katherine —«Kitty»— Wise Bowler; se trataba de una impulsiva joven universitaria de veintiocho años perteneciente a la izquierda radical estadounidense —pertenecía a la Liga contra la guerra y el fascismo y la International Labour Defence—, a pesar de provenir de la más alta sociedad neoyorquina¹⁰, y que, como tantos otros, desembarcó en España para labrarse una carrera como escritora «free lance» y deseosa por conocer de primera mano el carácter pintoresco de la Revolución que tenía lugar en Barcelona¹¹. Ella misma describe la escena de cómo tuvo lugar este encuentro el día 6 de septiembre de 1936:

En el café «Rambla» vi a un grupo sentado en una mesa de la esquina. Se vislumbraba todo un primer plano de rodillas inquietas. Sólo los ingleses son capaces de criar unos chicos tan altos y de aspecto tan sano como tenían aquellos. Me miraron con esa manera fría y sin expresión tan típicamente suya. Entonces, un calvo de suave voz me tocó el brazo: «únase a nosotros». Me di cuenta, poco a poco, de que estaba hablando con un conversador culto, inteligente, adorable e ingenioso. Alguien me dijo: «Ése es Tom Wintringham, un peso pesado en el Partido Comunista Inglés, pero todo un encanto de tipo».

A partir de este momento, no tiene mucho sentido contar su actuación en la Guerra pues ya lo hace él con todo lujo de detalles en su obra donde le veremos unirse a la Centuria Thaelmann primero y a las Brigadas Internacionales con sede en Albacete donde fue instructor de ametralladoras de los batallones 11 y 12, coronel provisional del Batallón Británico encuadrado en la 15.^a Brigada Internacional participando como tal en la Batalla del Jarama en febrero de 1937, en donde resultó herido en una pierna. Durante su convalecencia en el hospital militar «Pasionaria» de Valencia y luego en Calpe, estuvo siempre a su lado Wise Bowler y entabló amistad con Hemingway que se inspiró en él para el personaje

10. La boda de sus padres (Robert Bonner Bowler, ingeniero jefe del canal de Cape Cod, y Charlotte Everett) en 1905 fue uno de los mayores acontecimientos sociales recogido en todos los periódicos, al igual que su sonado divorcio que tuvo lugar en 1914. Entre sus familiares, destacaron su abuelo el senador Jacob W. Millar, su tío, el magnate y tesorero de la catedral de San Juan el Divino, George Macculloch, dueño del palacio en donde vivió su infancia, Edward Everett, rector de Harvard y secretario de Estado con Lincoln.

11. Vid. PRESTON, Paul: *We Saw Spain Die: Foreign Correspondents in the Spanish Civil War*. Londres: Constable, 2008. (Hay un capítulo —«Love and Politics»— donde se nos cuenta el peculiar noviazgo de Tom y Katherine).

de *Por quién doblan las campanas*. También es más que probable que el escritor americano llevara al argumento de su única obra de teatro —*The fifth Column*—, cambiando los nombres, tanto su propia relación con Marta Gellhorn —su tercera mujer y amiga y confidente de Kitty—, como la de Tom con Kitty. Aunque no recuperado del todo de la herida y del tifus que contrajo y con veinte kilos menos de peso, Wintringham reaparece en junio de 1937 convertido ahora en instructor de la escuela de oficiales de Albacete para brigadistas, actividad en la que sólo permanece durante un cursillo de dos meses por las desavenencias y falta de sintonía con los otros jefes y oficiales de corte ordenancista y que ponían en duda su forma de hacer las cosas; quizás por eso, se reintegró a la 15.^a Brigada como oficial de estado mayor el 15 de agosto, cuando era destinada al frente de Aragón. Mes y medio antes —el 2 de julio de 1937—, había sido expulsada de España su compañera americana bajo la acusación de ser una «espía trotskista al servicio de la “Quinta Columna”»¹²; no le sirvieron de nada su carnet de afiliada a la UGT ni sus colaboraciones en los programas de radio del PSUC en medio de la campaña desatada, tras los sucesos de mayo, en contra del POUM y de Andrés Nin por parte del Partido Comunista y de sus ramificaciones policiales y en el servicio de información controladas por el ruso Orlov¹³. En Aragón, resultará herido por segunda vez, en este caso en el hombro, mientras participaba activamente en la toma de Quinto de Ebro, Zaragoza, el 25 de agosto de 1937. Evacuado inicialmente al hospital de Benicassim, Castellón, acabará siendo repatriado finalmente a Inglaterra en noviembre de 1937, donde le esperaba Kitty. Mientras se recuperaba de sus heridas en su ciudad natal, lo que le obligó a entrar en el quirófano en cuatro ocasiones, comienza a escribir este libro a la vez que el Partido Comunista Británico reitera la acusación de trotskista a su nueva compañera y decreta la expulsión de Wintringham el 7 de julio de 1938 por proseguir su convivencia con ella. Resultará ser uno de los episodios, sin duda, más amargos de su trayectoria y que también se guardó muy mucho de explicitar en *English Captain*, sobre todo para no hacer daño a la causa republicana aunque, a estas alturas finales de la Guerra, resultaba ya más que evidente la desunión entre las distintas facciones políticas del bando gubernamental que muy pronto comenzarían a tirarse los trastos a la cabeza. Su liberalismo e independencia difícilmente hubieran aguantado durante mucho más tiempo la línea de Stalin y la Komintern y, mucho menos, el Pacto Ribbentrop-Molotov que se iba a firmar el 23 de agosto de 1939. Dejar el Partido supuso también su salida —y la desaparición— de la *Left Review* y todo lo que ella conllevaba; sin embargo, los colaboradores a quienes había ayudado en su día se movilizaron para buscarle un hueco en otros proyectos editoriales como en la revista *Fact* de Raymond Postgate y en

12. Esta acusación, sostenida por Marty, la ha perseguido desde entonces hasta el punto de que nunca aparece citada en la nómina de mujeres extranjeras que apoyaron a la República de una forma u otra (vid. FYRTH, Jim y ALEXANDER, Rally: *Women's Voices from the Spanish Civil War*. Londres: Lawrence&Wishart, 2008).

13. Vid. PAGÉS, Pelai: *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*. Barcelona: Ediciones Península, 1977.

Picture Post. Cuando unos meses después estalla la Segunda Guerra Mundial, tantas veces predicha por él, Tom solicitó un puesto en la comisión de oficiales del ejército siendo rechazado como también lo fueron todos aquellos otros oficiales en la reserva que participaron en las Brigadas Internacionales. En estos primeros momentos de la contienda va a dedicar buena parte de sus energías a criticar duramente al Partido Comunista que se declaró al margen del conflicto amparándose en el citado pacto de no agresión Alemania-URSS y al sector de los «tories» que defendió la política de apaciguamiento llevada a cabo por el ministro Neville Chamberlain. Comienza también a publicar asiduamente en otros rotativos como el *Daily Mirror*, el *Tribune* y el *New Statesman*. Ese mismo año, en febrero, consigue el divorcio definitivo de su primera mujer, Elizabeth, lo que le permitirá contraer matrimonio con Kitty el 25 de enero de 1941. Empezaba así una nueva etapa en lo personal que coincidirá con el lanzamiento de otra de sus mayores aportaciones, la «Home Guard». Poco antes de la clamorosa derrota de Dunkerke en mayo de 1940, se hace patente la posibilidad de una invasión germana de las Islas Británicas; el día 14 de mayo, el secretario de Estado Anthony Eden difundió un mensaje a través de los medios de comunicación solicitando voluntarios entre los 17 y 65 años —y excluidos del ejército—, para la defensa local (LDV: «Local Defence Volunteers»), todavía sin saber muy bien cuál iba a ser su verdadera misión. Enseguida, Thomas ve en esto y en la acogida popular —en el primer mes hubo más de 750.000 alistados— la posibilidad de llevar a la práctica sus ideas de «una guerra del pueblo para una paz del pueblo» que había expuesto previamente en su libro *How to reform the Army*. A través del editor Lord Hulton, entró en contacto con el propietario del palacio y los terrenos de Osterley Park, George Child-Villiers, conde de Jersey, que los cedió gustoso para los cursillos intensivos que ideó Wintringham para la formación de estos voluntarios. La financiación económica vino de la mano del mismo Hulton y en esta primera escuela de la «Home Guard» —el nombre fue cambiado por Churchill, Primer Ministro, el 22 de julio de 1940— se comenzó un programa de instrucción que incluía conferencias sobre la teoría y práctica de la guerra mecánica moderna, tácticas de guerrilla como técnicas de demolición, lucha callejera. Junto a su lugarteniente y hombre de plena confianza Hugo Slater formaron parte del proyecto el pintor surrealista Roland Penrose, que enseñó técnicas de camuflaje; el jefe de los instructores de los Boy Scouts Stanley White; el mayor Wilfred Vernon, antiguo diputado laborista, que se encargó de enseñar la forma de fabricar explosivos caseros y el canadiense y compañero de armas de Tom, «Yank» Levy, especialista en el combate cuerpo a cuerpo y en la utilización del machete. La escuela tuvo una gran acogida pública —por sus manos pasaron más de 5.000 alumnos— y en los medios de comunicación, pero tanto Churchill, como los militares de la War Office, desconfiaban desde un principio de la misma y sus expectativas sobre la «Home Guard» se limitaban a contar con un cuerpo de informadores y una especie de ayudantes policiales o vigilantes de protección civil mientras que Tom la concebía como un ejército armado contra los invasores y una fuerza popular dispuesta a presionar a la facción de los políticos tories dispuesta a firmar una paz

por separado con los nazis. Así que el ejército, con gran habilidad, se hizo cargo directamente de la misma en el mes de septiembre de 1940 y la cerró definitivamente en abril de 1941 sin que se agradeciera ni poco ni mucho el interés y la iniciativa de nuestro autor, quizás por su pasado comunista, que fue apartado enseguida de cualquier relación con el ejército tras una corta experiencia como monitor en la War Office School y a pesar de que su idea fuera imitada en los Estados Unidos y en otros lugares.

Esta nueva contrariedad y el fiasco que supuso el ofrecimiento hecho por sir Stafford Cripps para que actuase como intermediario entre los independentistas hindúes y el gobierno británico para llegar a una actuación conjunta contra los japoneses, no le desanimaron a la hora de poner en marcha un nuevo proyecto político. En julio de 1942, el matrimonio Wintringham formará parte del núcleo fundador del «Common Wealth Party» —CWP—, un partido político de izquierdas a caballo entre el Laborismo y el Partido Comunista. Una vez más, se debió a una idea suya basada en la creación de un nuevo «Frente Popular» que aglutinase a los ciudadanos descontentos junto a los marxistas desencantados del Partido y a los laboristas que se sentían traicionados por sus dirigentes yendo de la mano de sectores progresistas de la cultura como la editorial Penguin, el Left Book Club, la productora Documentary Film Unit y los rotativos *Picture Post* y *Daily Mirror*. Su conversión en partido vino de la alianza de dos grupúsculos; por una parte, el «Comité 1941» dirigido por su amigo el editor Edward G. Hulton, propietario del *Picture Post* y que integraba a una serie de escritores e intelectuales colaboradores en dicho medio informativo como J. B. Priestley y el mismo Tom; por otra, el grupo de cristianos sociales «Movimiento hacia delante» («Forward March Movement») surgido del seno del Partido Liberal y dirigido por el parlamentario Richard Acland que no estaba de acuerdo con la dirección que iba tomando el Partido Liberal. El «Comité 1941» rechazaba el gobierno de concentración creado por las circunstancias de la Guerra y apoyó candidaturas independientes bajo el marchamo de «Plan punto nueve»; en realidad esta etiqueta correspondía a una publicación hecha por el «Comité 1941» con sugerencias para aumentar la producción de Guerra mediante la creación de consejos obreros y una serie de previsiones para la futura posguerra en torno a medidas que hoy denominaríamos propias del «Estado del Bienestar» como la educación gratuita, el derecho al trabajo y pleno empleo y condiciones de vida mínimas para todos. Este programa fue la base para el éxito en las elecciones locales de Tom Driberg, lo cual hizo que el movimiento se transformara en un Partido con la alianza con el «Movimiento hacia delante» de Acland. Como era costumbre en él, dedicó toda su energía y capacidad a la difusión e implantación del mismo, escribiendo dos obras que tuvieron una gran acogida: *Culpables* (*Guilty Men*, firmada por «Catón»-Driberg, Foot y los Wintringham) y la novela *Vuestro Diputado Parlamentario* (*Your M.P.*, firmada con el seudónimo de «Tiberio Graco»). El ideario de este extraño partido —que hasta rechazaba el nombre de «partido»— propugnaba principios entre libertarios y socialistas como el de la propiedad comunal, la «democracia directa» y la moralidad política, rechazando el estatalismo propio del laborismo;

sus principios económicos defendían el cooperativismo y la participación sindical de la producción. Estas ideas no coincidían con el pragmatismo más conservador de Acland —H. G. Wells le consideró siempre un fascista encubierto— y de los cristianos sociales y el «Forward March Movement» lo que llevó a discrepancias y a la renuncia de Priestley, sustituido por Wintringham que optó por diferir el enfrentamiento con Acland para después de acabada la Guerra. Los éxitos electorales locales durante estos años —tres escaños de ocho en disputa— no se refrendaron en las elecciones generales de 1945 con un solo representante electo en Essex y en donde los laboristas recuperaron sus votos y parlamentarios habituales, lo cual hizo que Thomas dejase el Partido en 1946 y junto con dos tercios del mismo se uniese a los laboristas, aunque el «Common Wealth Party» siguió funcionando como grupo de opinión hasta su disolución definitiva en 1993. Sería su última gran propuesta que acababa, una vez más, en fracaso; tras ella, Wintringham se dedicaría al periodismo con ahínco, trabajando para la radio y el cine, produciendo documentales y programas de crítica radiofónica y escribiendo multitud de guiones. Su vertiente de analista militar le llevó a estudiar el nacimiento de Israel apuntando la necesidad de la creación de una fuerza militar intermediaria por parte de la ONU; también analizó —y se opuso— con gran interés la escalada armamentística atómica, el inicio del proceso de descolonización y la aparición de los nuevos regímenes comunistas de la China de Mao y la Yugoslavia de Tito a los que miró con simpatía por lo que suponían de respuesta y enfrentamiento a la burocracia monolítica de la Unión Soviética. El 26 de enero de 1947, nacería su tercer hijo, Ben y, dos años después, cuando se encontraba en una delicada situación económica, sin apenas ingresos propios y mantenido gracias a las rentas de su mujer, Wintringham moriría repentinamente de un ataque al corazón en medio de una reunión familiar en la granja de Searby Manor en el North Lincolnshire, el 16 de agosto de 1949, a los 51 años mientras ayudaba a recoger la cosecha. Su cremación tres días después en Leeds apenas congregó a un puñado de personas y su obituario sólo apareció en la emisión de la BBC y en la columna de Alan Word en *The Times*. Quien fuera en su día todo un referente de la izquierda británica y un reflejo de la agitada historia europea de los años 20 a los 40 no pasó de ser, según las afortunadas palabras de su biógrafo, poco más que «una nota a pie de página».

LAS CONSECUENCIAS Y LAS ENSEÑANZAS MILITARES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA SEGÚN WINTRINGHAM

Sorprende que alguien que no fue propiamente militar profesional haya sido, sin embargo, uno de los mejores pensadores militares de cuantos analizaron nuestra Guerra Civil en el momento en que tuvo lugar y, desde luego, el que más —y mejores— conclusiones prácticas supo extraer de ella¹⁴ para explicar —y

14. Esta valoración coincide plenamente con la que efectúa Alaric Searle que lo considera uno de los mayores ideólogos militares británicos que hubo junto con el general en la reserva J. F. C. Fuller

hasta para presagiar— el posterior desarrollo de la II Guerra Mundial en particular y del planteamiento de lo que iban a ser las guerras y los conflictos bélicos del futuro inminente en general; algo que ya venía intuyendo desde que se produjera el ascenso de Hitler al poder. En 1935, lo había esbozado premonitoriamente en su libro *The Coming World War*, donde anunciaba un conflicto entre el comunismo y el capitalismo originado por el ataque japonés a la URSS, una guerra que sería el motor de una posterior revolución. Sin embargo, lo terminará por confirmar de manera empírica —tal y como a él más le gustaba hacer las cosas— tras su estancia en España donde sus premoniciones se transformaron en acertadas profecías; hay un párrafo en que se dirige a los lectores de *English Captain* en 1939 y que dice: «Y, aquellos que ahora están leyendo este libro en 1939 podrían, en vez de eso, estar leyendo algo sobre los bombarderos que intentan machacar París hasta rendirse, o podrían estar esperando una breve tregua antes de que le tocara el turno de los bombardeos irremediamente a Londres».

Su espíritu de observación y su fina inteligencia, combinadas con una sólida formación en Historia y Literatura y una gran capacidad para establecer todo tipo de analogías, son las causas que explican la categoría que alcanza Thomas Wintringham como analista militar y que se encuentra plenamente de manifiesto en el libro *English Captain*. El interés del autor le lleva a abarcar absolutamente todo desde las consideraciones estratégicas más amplias hasta los detalles más nimios sobre armamento, munición, uniformidad o disciplina; creía firmemente que la guerra es un asunto que concierne absolutamente a todos y no sólo a los militares profesionales, iniciados en este oficio, especialmente en los países que se consideran a sí mismos como democráticos. La mayoría de los analistas militares en los años 30 —excepto los alemanes que tomaron muy buena nota de las enseñanzas— observaron la Guerra Civil española o con menosprecio o con torpeza, cuando no con ambas actitudes juntas puesto que fueron incapaces de sacudirse los prejuicios de partida que tenían basados en la neutralidad española en la Gran Guerra y en la decadencia militar manifestada en la tragedia del 98 y en la desafortunada intervención marroquí con su aireado episodio del desastre de Annual que pasó a considerarse como uno de los mayores desastres de incompetencia militar europea¹⁵. Para ellos, la Guerra Civil española era un conflicto menor y arcaico, cuyo único valor estribaba en la confrontación política fascismo/bolchevismo que se estaba ventilando en los campos de batalla pero que era llevada a cabo por una población atrasada técnica y económicamente y condicionada por una mentalidad casi primitiva; por tanto, resultaba imposible extraer las más

que vino como reportero y el checo Miksche que actuó como oficial de artillería republicano —con ambos se relacionó Wintringham a pesar de sus discrepancias políticas pues Fuller estaba cercano al BUF y Miksche acabó por renegar de su pasado filocomunista— y, desde luego, muy por encima de los profesionales de la milicia que actuaron de agregados militares o de observadores oficiosos por parte del gobierno del Reino Unido (vid. SEARLE, Alaric: «Gran Bretaña, los ideólogos militares y la experiencia de la Guerra Civil Española», *Alcores*, 4, 2007, pp. 75-99). Por otra parte, su libro de 1940 *New ways of War* fue manual de lectura obligatoria en las academias militares judías.

15. Vid. REGON, Geoffrey: *Historia de la incompetencia militar*. Barcelona: Ed. Crítica, 2007.

mínimas «lecciones de guerra»¹⁶ de este conflicto que tuvieran alguna utilidad para los modernos ejércitos europeos, de igual modo que tampoco se había sacado enseñanza alguna de otras guerras civiles anteriores como la Revolución Mexicana (1910-1920) o la Guerra Civil rusa (1918-1922). Tom, como no podía ser menos dada su procedencia y sus lecturas previas, también participaba de muchos de estos prejuicios pero fue capaz de superarlos y descubrir así lo moderno y novedoso que aportará la contienda española, dando de ella una valoración general muy por encima de la fragmentación más o menos pintoresca de los milicianos con monos y alpargatas o los requetés con el «detente bala» clavado en el pecho que es lo que realmente deslumbraba a buena parte de sus colegas. El párrafo con el que cierra el libro resulta altamente esclarecedor al respecto, en él se dice, hablando de la obra, que

es, en realidad, la descripción de «una pequeña guerra» en la que las cosas han sucedido lentamente y a una pequeña escala, como en un torpe experimento de laboratorio que anticipase lo que va a suceder enseguida y a una escala mucho mayor en la guerra mundial en la que todos tomaremos las armas para prevenir o posponer la derrota. Y como tal, es un aviso de atención para los que hoy en día detentan el poder y una forma de dar ánimos a muchos que aún dudan de su propia fuerza. Los hechos que conté en mi historia son éstos: que las gentes, las democracias, aquellos que odian las guerras, pueden —si ellos lo desean— formar ejércitos muy rápidamente; que estos ejércitos pueden ser, hombre por hombre, y unidad por unidad, más eficientes en la actual batalla que las entrenadas máquinas de guerra del fascismo; que la forma total y la naturaleza de la guerra moderna nacen del hecho de que el ejército del pueblo sea un arma mejor que la del ejército totalitario. Y desde estos hechos, saqué una conclusión que es más que una esperanza: que algún día en España y en China o en las nuevas guerras que se impongan por la fuerza en el mundo debido a la agresión y a la cobardía, el empuje de nuestra resistencia, el empuje por intentar destruir los irrompibles Batallones del pueblo, será demasiado grande para el fascismo. Para corroborar dicha certeza, este libro contribuye con su testimonio.

Consideraciones estratégicas

En vísperas de lanzarse el Batallón inglés al torbellino del Jarama, Wintringham impartió una conferencia a la tropa en el lúgubre teatro de Madrigueras que recoge de memoria en el capítulo 6, «La confusión de la guerra». Es toda una exposición magistral de lo que había sido la Guerra desde las confusas jornadas de julio hasta la batalla por Madrid y la situación en que se encontraba el conflicto en enero de 1937; probablemente, a pesar del esfuerzo pedagógico y divulgativo que hizo y de su proverbial capacidad de comunicación, la mayoría de sus

16. Vid. CORUM, James: «The Spanish Civil War: Lessons Learned and Not Learned by the Great Powers», *The Journal of Military History*, n.º 62, abril de 1998, pp. 313-334.

interlocutores no entendieron gran cosa de esta fantástica síntesis y de las consideraciones anexas de alta estrategia que en ella iban contenidas y que ponían de manifiesto la enorme preparación del autor en este campo; una preparación hecha a base de múltiples lecturas que tenían como cimiento las propias de una formación humanística impecable de Oxford y las interpretaciones marxistas clásicas de Engels —sobre todo—, Marx y Lenin, pero que se extendía también a los manuales de obligado estudio en las academias militares británicas y en las soviéticas del «Ejército Rojo», pasando por las obras de Clausewitz —del que, por cierto, discrepa—, su admirado Von Moltke «el viejo» o Sun-tzu, y terminando con los estudios y las memorias de las grandes figuras de la Guerra Mundial (Foch, Petain, Liddell Hart, Ludendorff...). En el capítulo 11, «Todavía resistiendo», lleva su análisis hasta la ofensiva republicana del Ebro a la que considera el colofón de una evolución lógica que ha hecho que la Guerra Civil pasase de ser la escaramuza artesanal y casi guerrillera de un principio a un marco bélico ultramoderno, mecanizado y cambiante en donde la experimentación permanente y la ausencia de rigidez marcarán toda una nueva forma del arte de la guerra. Otro aspecto pionero de *English Captain* es que en él se establecen las fases de la Guerra Civil que acabarán por alcanzar carácter canónico, reproduciéndose tal cual o con muy ligeras variantes en multitud de obras posteriores: la primera fase la de la guerra de Columnas y la Batalla por Madrid que se quiebra en el Jarama y Guadalajara, la segunda referida a la Campaña del Norte incluyendo en ella las fallidas ofensivas republicanas, la tercera que hace relación a la llegada a Castellón de las tropas de Franco y la ruptura del territorio republicano en dos, la cuarta que corresponde a la decisiva Batalla del Ebro en el verano-otoño del 38 y la quinta y última con la Campaña de Cataluña y el final precipitado de la Guerra que se producen justamente cuando el libro sale de prensas y no pudieron ser incluidos. Pero, con esto no se agotan sus decisivas contribuciones; Thomas efectúa un análisis comparativo y riguroso entre las estrategias seguidas por ambos bandos, a pesar de su compromiso prorrepblicano y de la repulsa que le produce todo lo que tiene que ver con los sublevados y sus aliados fascistas; esto le sirve a la vez para contraponer, con carácter universal, dos principios enfrentados de configuración militar. El primer principio es el que rige en aquellos ejércitos fundamentados en el mando indiscutible y la obediencia ciega (el *Fuehrer-prinzip* prusiano), tendentes a la reglamentación y a la rigidez y que consideran que la función principal del soldado es la de servir como peones o «carne de cañón» y que hace extensivo al bando franquista y a los ejércitos de muchas de las grandes potencias —incluyendo a Francia y Gran Bretaña— reacios a todo cambio y anclados en el axioma de responder a los interrogantes del combatiente con un permanente y tajante «su función no es razonar el porqué». En oposición a esto, él defiende la operatividad manifiesta de los «ejércitos democráticos», que no quiere decir, ni mucho menos, que sean aquellos donde no haya atisbo alguno de disciplina o los mandos sean elegidos al modo anarquista y trotskista que tanto satiriza y zahiere. Según Wintringham

Sólo un ejército democrático que sepa no sólo por qué está luchando sino todo lo que pueda saberse sobre el cómo, el porqué y el dónde de cada detalle de la contienda, podrá ejercer la espontánea —pero a la vez controlada— y rápida —pero coordinada— presión que resultará totalmente decisiva [...] Fueron los países menos democráticos [referidos a la Gran Guerra] aquellos cuyos ejércitos quedaron destrozados más pronto en el transcurso de la guerra. [...] Una Democracia puede producir unidad interna, confianza mutua y respeto entre las diferentes armas y unidades, lo que es algo esencial en las tácticas modernas. [...] Sólo una Democracia puede evitar el irreparable error de tratar a su infantería como a mera carne de cañón.

Esta dicotomía será una constante de su producción escrita ulterior y la retomará en todas aquellas obras que publica en el transcurso de la II Guerra Mundial encaminadas a levantar la moral y a convencer a los aliados de que era posible la victoria contra una Alemania que parecía, por entonces, militarmente invencible, especialmente en *Freedom is our Weapon* (1941) y *Politics of Victory* (1941).

Cuando habla de la estrategia de Franco no tiene empacho alguno en destacar sus logros que concreta en la consideración global que tiene siempre de los teatros de operaciones, el plan para ahogar Madrid con un ataque combinado, la capacidad de mover las tropas a gran velocidad y de concentrar en un punto determinado hombres y material en cantidad suficiente como para romper las líneas enemigas con eficacia (especialmente en la Campaña del Norte y en la de Aragón que le lleva hasta las orillas del Mediterráneo). Pero, obviamente, se siente mucho más a gusto señalando sus errores estratégicos que han hecho que la Guerra se alargue durante tres años; errores que él achaca, sobre todo y fundamentalmente, a su formación africanista¹⁷ lo que le hace ver la Guerra como una sucesión interminable de largas y pequeñas operaciones tácticas, de su conservadurismo atroz de raigambre medieval que considera como el mayor de los males la pérdida de terreno propio y que da una exagerada preeminencia a la defensiva y la dependencia que tiene de italianos y alemanes que se sirven de la Guerra como de campo de pruebas experimental para estrategias motorizadas y acorazadas no siempre eficaces; sostiene que no resulta, en este aspecto, nada difícil «engañar» a Franco y a sus generales que siempre acuden prestos a cualquier «ataque señuelo» que se les hace y, por tanto, la estrategia más adecuada es la de prolongar la Guerra, desgastarle en estas operaciones defensivas lo que hará que sea puesto en cuestión por los otros militares y por el conglomerado de fuerzas políticas que le apoyan y haciendo insostenible, por su elevado coste económico, la decisiva ayuda material de Mussolini y de Hitler.

Cuando se refiere a la República, no puede evitar el uso de un tono apologético propio de un libro que fue concebido como parte de un programa

17. Vid. sobre este asunto del peso del africanismo en la Guerra Civil a NERÍN, Gustau: *La Guerra que vino de África. España colonizada*. Barcelona: Ed. Crítica, 2005.

propagandístico mucho más amplio y bien dirigido¹⁸. Esto hace que exagere bastante los logros estratégicos de la República, siendo para él el más importante la creación de su propio y novedoso «Ejército Popular», surgido de sí mismo y que había transformado a los milicianos en un verdadero y paradigmático «Ejército del Pueblo» con sus correspondientes mandos dotados de gran inteligencia y valor provenientes tanto del profesionalismo (Miaja y Rojo) como de los combatientes comunistas comprometidos y aupados por el aparato del Partido (Líster, Modesto, «El Campesino»); en esto, sigue sin cuestionamiento alguno las consignas del departamento de «Agitprop» del Partido Comunista, al igual que lo hace cuando se refiere a la defensa de Madrid y la prolongación de la Guerra en el tiempo concebida por el doctor Negrín a quien estima mucho más que a Largo Caballero. En lo que sí resulta bastante más original es cuando analiza el modelo estratégico que el Ejército republicano comienza, presuntamente, a aplicar tras la Campaña de Aragón y en la posterior Batalla del Ebro; se trata de lo que él considera como el mecanismo más apropiado para la guerra terrestre contemporánea en general y que se basaría en la combinación de la infiltración profunda a gran velocidad —tipo «guerra relámpago»— y la defensa escalonada; lo malo es que tales principios existieron más sobre el papel y en sus deseos de victoria que en la realidad. Su decidido compromiso no le impide llevar a cabo una autocrítica bastante sincera de la estrategia republicana en la que destaca fundamentalmente estos aspectos negativos: la absoluta desorganización y la tendencia dominante a la improvisación que hace que, por ejemplo, no se plantee la existencia de un mando militar único (propone a Miaja para tal desempeño), la incapacidad de movilización económica en la retaguardia —achacada, en gran medida, a los anarquistas —lo que contrarrestaría cualquier esfuerzo de convertir la guerra en una «Guerra total» y, por último, la aplicación de modelos estratégicos suicidas tanto por los españoles como por muchos de los altos mandos brigadistas —el coronel «Gal», entre otros—, basados en el principio de «resistir a toda costa» y en el de «tomar a cualquier precio» una posición que tan desastrosos resultados habían dado ya en la Gran Guerra por entronizar falsamente el valor y el heroísmo por encima de la maniobra y la inteligencia; también hay una crítica velada sobre la práctica ausencia de una logística que pudiera recibir tal nombre y hacia la ineptitud de los organismos gubernamentales encargados de obtener armamento y material del extranjero, si bien esta incompetencia se justifica en múltiples ocasiones echando las culpas al Comité de «No Intervención», el otro, junto al POUM, gran chivo expiatorio.

18. Vid. PIZARROSO QUINTANA, Alejandro: «Intervención extranjera y propaganda. La propaganda exterior de las dos Españas», *Historia y Comunicación Social*, n.º 6, 2001, pp. 63-96; NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta: *La Disciplina de la Conciencia. Las Brigadas Internacionales*. Madrid: Flor del Viento, 2006, pero, sobre todo, SEPÚLVEDA LOSA, ROSA M.ª y REQUENA GALLEGU, Manuel: *Las Brigadas Internacionales: el contexto internacional, los medios de propaganda, literatura y memorias*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2003, especialmente en lo referente a los escritores y las memorias y autobiografías generadas en el seno de las Brigadas.

Consideraciones tácticas y de otro tipo

Cuando desciende al plano más cercano de la Táctica, sus apreciaciones acababan siendo también mucho más detalladas, quizás porque nos habla de cosas en las que él mismo participó, ya fuera como combatiente, instructor u observador, comandante de Batallón, profesor de escuela de oficiales u oficial de estado mayor. Parte del principio —desde luego discutible— de que la verdadera guerra se dirime —y se dirimirá— sobre el terreno y con la Infantería como la principal arma del combate a la que todas las demás armas y cuerpos deben estar subordinados y puestos a su entera disposición. A diferencia de otros ideólogos militares británicos, él consideraba que el infante republicano español poseía un arrojo y una disposición para la lucha envidiables, lo que además estaba completado con una altísima motivación y concienciación política en las que tenían mucho que ver los comisarios políticos, figura ésta por la que siente un respeto —¿o quizás un inconsciente temor?— y una admiración reverencial. Pero con todo y esto, la pregunta retórica que se hace Thomas es ¿por qué no son capaces de ganar la Guerra los republicanos? Aparte de que enfrente haya un enemigo fogueado y bien instruido, con armamento y personal alemán e italiano y que cuenta con tanques, aviones y unidades de combate de elite como los legionarios y «los moros» —así los llama él siempre—, hay, a su juicio, tres graves carencias en el ejército republicano que explican esto y a las que, en mayor o menor medida, él mismo contribuyó a poner remedio. En primer lugar, señala la falta de formación táctica adecuada y de una disciplina eficaz; a continuación vendría la carencia de mandos intermedios y de suboficiales y clases de tropa instruidos; la tercera tiene que ver con el armamento y con las tácticas adecuadas para enfrentarse al arma acorazada y a la aviación.

Lo que Wintrigham conoció de los primeros momentos de la Guerra Civil —junto con la invasión italiana de Etiopía y la japonesa de China— le sirvió, por una parte, para aprender lo importante que era —y que sería— la guerrilla urbana en el marco de la guerra contemporánea y, por otra parte, la desastrosa actuación de los milicianos en los frentes, fuera de las ciudades, algo que le dejaría totalmente estupefacto. Se dio cuenta de que la mayoría no tenía ni idea de los principios más básicos y elementales del combate, aquellos que conocen hasta los «boy scouts». Comprobó sobre el terreno que no sabían desplegarse en guerrilla, ni avanzar, ni tan siquiera hacer cuerpo a tierra ante un ataque aéreo. Advirtió que la somera instrucción militar que se impartía a toda prisa o que habían recibido durante su estancia anterior en el servicio obligatorio estaba basada primordialmente en el «orden cerrado» y no en el «orden abierto» o de combate y, encima, era muy arcaica, tanto que, según él, era de los tiempos en que los ejércitos portaban largas picas. Vio con estupor cómo nunca se hacían trincheras o si se hacían eran inservibles por su poca profundidad o por su trazado recto y que principios tácticos básicos, como el que repetía una y otra vez de «comunicación, cooperación y obediencia», no habían sido enseñados jamás. Se ignoraban también las reglas mínimas del ataque y de la defensa y las maniobras de aproximación y retirada. Su juicio sobre las milicias locales o las de partidos y

sindicatos —excluyendo, desde luego, las provenientes del PCE— no podía ser más deplorable y no entendía cómo los alemanes de la Centuria «Thaelmann» procuraban mimetizarse con aquella forma de hacer la guerra, tan ineficaz como mortífera. Por otra parte, el rechazo hacia todo lo que representaba el antiguo ejército había suprimido en las filas republicanas totalmente —y de forma a su entender equivocada— la disciplina a la que consideraba de tanta importancia como el valor. Wintringham no defendía la disciplina externa basada en fórmulas estereotipadas (el saludo, el tratamiento de respeto a los superiores, los castigos, la utilización del «conducto reglamentario», etc.) que muchos de sus compañeros quisieron imponer como marchamo distintivo de las Brigadas, sino que buscaba una disciplina movida por el convencimiento y por el ejemplo que acabase con la inoperancia de la desobediencia y del permanente cuestionamiento de las órdenes. Tampoco quería que los soldados fueran meros autómatas sin más, sino que entendieran las órdenes y fueran capaces de actuar autónomamente en relación a su capacidad y al puesto de responsabilidad que ocuparan, lo que, por fuerza, hizo arrugar el entrecejo tanto a los veteranos reservistas franceses como a los cuadrículados asesores soviéticos. Al fin y al cabo, pensaba que la verdadera misión de las Brigadas Internacionales no era tanto la de ser tropas selectas de vanguardia sino la de actuar como modelos de formación, actuación en combate y disciplina que enseñaran a las tropas españolas, las cuales acabarían por imitarlas y seguirlas al ver sus resultados prácticos; pero, él mismo fue consciente de que debido a la urgencia de la Guerra y a las propias contradicciones internas que arrostraban estas fuerzas extranjeras, esta misión no llegaría a cumplirse nunca del todo.

La falta de mandos intermedios capaces y de suboficiales y clases de tropa —los NCO, en inglés: «non-commissioned officer»— fue siempre una necesidad acuciante y mal resuelta en el bando republicano que contrasta con la eficacia que se alcanzó por parte del enemigo con sus nutridas promociones de alféreces y sargentos provisionales. Wintringham advirtió de los peligros que entrañaba convertir directamente y sin más a los líderes políticos y sindicales sin ninguna experiencia militar en mandos del ejército, pues fue un problema que le tocó sufrir en los momentos iniciales de las Brigadas aunque, al mismo tiempo, desconfiaba, por principio, de los militares ordenancistas y sujetos siempre al reglamento con los que también mantuvo más de un fuerte encontronazo. Sus referentes iban desde el del soldado profesional experimentado pero de mente abierta —tipo George Nathan— hasta el jefe salido de la base y que con su estudio y entusiasmo había sido capaz de suplir sus carencias formativas de partida; los ejemplos, en este último caso, serían los de la tríada de jefes de milicias —Líster, «el Campesino» y Modesto— y todos los que mandaron tanto el Batallón inglés como el americano. De ahí, la gran ilusión que puso en la impartición y programación de los cursillos de formación de la escuela de oficiales de las Brigadas Internacionales en el pinar de Pozorrubio, junto a Albacete; en este cursillo, de apenas unas cinco o seis semanas de duración, hizo todo lo posible para habilitar a los aspirantes en su desempeño futuro como mandos, aplicando un modelo pedagógico muy novedoso basado en la *praxis* y en un sistema de

aprendizaje comunal y participativo, que prestaba especial atención tanto a las cuestiones técnicas y de dominio del armamento como a las técnicas de liderazgo y del desarrollo autónomo en la toma de decisiones; algo que no siempre fue bien entendido por sus superiores, especialmente cuando le oían decir cosas como éstas: «El joven soldado que se ha escapado de la instrucción y, en vez de eso, ha jugado un buen partido de fútbol, tendrá una mejor preparación para la guerra moderna que la mayoría. Mientras que el soldado que ha sido entrenado para tener un jefe y no tener pensamientos individuales está incapacitado en un alto grado para la guerra moderna». Desilusionado por la experiencia, como deja entrever en el capítulo 13: «América es joven», sólo se haría cargo de una única promoción. En su breve etapa como profesor tuvo ocasión de exponer y de desarrollar sus ideas sobre otros aspectos tácticos en distintos niveles que atañían al combatiente individual —al que consideraba el elemento básico del combate en el futuro—, al movimiento de Pelotones, Secciones, Compañías y Batallones de Infantería, resaltando la importancia de la ametralladora y del dominio del «fuego cruzado» como arma y elemento fundamental —no hay ni la más mínima referencia a los morteros— intrínsecamente unidos; a estos factores, añadía la sorpresa —especialmente con el uso de las cortinas de humo—, la maniobra de dispersión y la defensa efectiva contra la aviación y los carros de combate.

Una lectura apresurada de ésta y de las otras obras de Wintringham podría dar la impresión de que era contrario al uso de los aviones y de los medios acorazados, pero esto no es así¹⁹. Lo que sostiene en realidad es que ambos medios nunca iban a poder sustituir al soldado de a pie y que el deslumbramiento que afectó a tantos analistas militares ante estas dos novedosas fórmulas desarrolladas y experimentadas en la I Guerra Mundial debía ser situado en sus justos términos. Thomas era un apasionado de la mecánica y un entusiasta de los vehículos, especialmente de las motocicletas; estaba al tanto de todos los adelantos que se producían en el mundo de la aviación y conocía, casi como un experto, los principales modelos y sus características; exactamente igual le sucedía con los carros de combate respecto a sus motores, blindajes y dotación; por tanto, sus observaciones no son las de un reticente por ignorancia sino las propias de un especialista. De los aviones, se queda sobre todo con su uso como artillería volante para efectuar bombardeos en las vías de comunicación y en las ciudades, así como los ametrallamientos efectuados en operaciones a baja cota con el impacto psicológico consiguiente, tanto en la retaguardia como en el frente; también valoraba su función como transporte de tropas —poniendo como ejemplo el puente aéreo franquista del norte de África— y de material, elemento clave en la estrategia de la «guerra relámpago» y la «infiltración profunda»; precisamente, presagía una actuación combinada del avión y del carro de combate en este tipo de

19. Vid. WERNER, Max (es un seudónimo): *The Military Strength of the Powers*. Londres: Victor Gollanz-Left Book Club, 1939. En él se dice, en la p. 29, hablando de la obra de Wintringham que «la sugerencia de que las modernas armas ofensivas de Guerra, el tanque y el aeroplano, han fracasado en España no es correcta... demuestran, por el contrario una importancia estratégica decisiva».

ofensivas, a pesar de que la experiencia fallida de la ofensiva republicana de Brunete en julio de 1937, que intentó poner en práctica este principio, le hubiera debido disuadir de tal propuesta. Las enseñanzas desprendidas de la Batalla de Guadalajara le hacen ver que el empleo de la aviación exclusivamente contra las unidades terrestres resulta poco efectivo si se toman las medidas adecuadas para ello —lo que no hicieron los italianos— mediante la dispersión de las unidades sobre el terreno y la utilización generalizada del armamento antiaéreo en el que, premonitoriamente, incluye a los cohetes-misiles; como contrapartida señala el altísimo coste de los aviones y toda la logística que arrastran consigo de pistas, hangares, combustible, personal auxiliar, etc. En cuanto a los tanques, llegó a dedicarles casi un capítulo entero de *English Captain* —el 14: «Hombres y tanques»— y otras muchas referencias a lo largo de sus páginas. Las tácticas de guerra aplicadas por los italianos en el bando nacional —Guadalajara— y por los soviéticos en el bando republicano —Brunete o Fuentes del Ebro, en donde llevaron a pelotones de soldados encima de los blindados— y basadas en el uso masivo del tanque propuesto por Fuller se saldaron con estrepitosos fracasos al no tener en cuenta la falta de práctica de los combatientes con esta arma, en priorizar por encima de todo a los modelos fundamentalmente ligeros —el CV3/35 italiano de bolsillo o los inoperantes Renault F-T17— con sus graves limitaciones de blindaje, dirección y tiro y dejar a un lado el terreno abrupto dominante en la Península. Por tanto, no está en contra de los tanques siempre y cuando sean de tamaño medio o grande —los T-26 rusos, los alemanes, por encima de las cuarenta toneladas...— y se empleen de forma ocasional y por sorpresa, atacando y volviéndose rápidamente para dejar a la infantería que explote el éxito inicial logrado en la ruptura de las líneas enemigas. Además, veía que sólo era cuestión de tiempo el que apareciesen armas contracarro eficaces y, mientras tanto, métodos tan sencillos como las zanjas, las bombas caseras de gasolina, las minas y el uso de la artillería de campaña podían perfectamente suplirlas. La rotundidad excesiva de su conclusión que dice textualmente que «El fracaso de Franco en destruir a la República, a pesar de su superioridad en armas, munición y entrenamiento, es en parte debido a su empeño en querer hacer que los tanques hagan lo que no podrán hacer nunca», no debería empañar lo acertado de muchas de sus observaciones en este tema.

SPANISH CAPTAIN, MUCHO MÁS QUE UNAS MEMORIAS

La atracción que España y todo lo español han ejercido en Gran Bretaña y su ámbito anglosajón posee unas raíces históricas muy hondas y responde, además, a un conjunto de motivaciones de lo más diverso²⁰. Muchos de estos visitantes

20. Vid. MITCHELL, David: *Viajeros por España. De Borrow a Hemingway*. Madrid: Mondadori, 1989; en esta obra puede encontrarse una información más detallada sobre los títulos y los autores que se apuntan en el texto.

nos dejaron constancia escrita de su paso a través de una peculiar literatura que casi constituye un género propio al que Tom Burns ha definido tan acertadamente como el «Yo estuve en España» y, en el que de algún modo, participa también *English Captain* aunque con rasgos propios. Wintringham se uniría así a una cadena de autores y memorialistas británicos que comparten en letra impresa su experiencia española y cuyo arranque podemos situar en sir Charles Cornwallis, embajador en 1604 y que llega hasta los años 20 y 30 cuando España se pone nuevamente de moda como destino para una selecta minoría. De esta etapa, nos han dejado testimonios reveladores Havelock Ellis, Rafael Shaw y la pléyade de extraordinarios literatos —cuesta mucho dejar fuera de ella a los americanos como el gran Dos Passos o el sobrevalorado Hemingway— que encabezan Robert Graves, Gerald Brenan y buena parte del grupo de Bloomsbury (Ralph Partridge, Dora Carrington, Osbert, Lytton Strachey, Virginia Wolf...) que buscaron en España una vida barata y tranquila, paisajes, gentes, vino e inspiración; llegaron diciendo «adiós a todo eso»²¹, a todo lo que suponía la convencional vida postvictoriana a la que se veían irremediabilmente condenados por su posición social y su origen. A este núcleo van a unirse también Evelyn Waugh, V. S. Pritchett, Walter Starkie, Malcolm Lowry, Laurie Lee y la escritora Kate O'Brian, entre otros renombrados talentos. La Guerra Civil multiplicará por millones las páginas dedicadas a España escritas por multitud de periodistas y testigos de última hora que se unen a los ya asentados y que acuden atraídos por un conflicto que aún por igual la modernidad más rabiosa y un atavismo casi etnográfico. Los memorialistas, analistas militares y reporteros reproducirán en cierto modo la división cainita española en el Reino Unido²² y, aunque, habrá, como ya se ha hecho mención, una indudable mayoría prorrepública, también hubo publicistas partidarios de Franco y de la España nacional como Arnold Lunn, Douglas Jerrold, F. Britten Austen, Tom Burns, Hilarie Belloc, Douglas Jerrold, Nigel Tangye, militares como Maxwell Scott o el general Fuller y combatientes voluntarios²³ como Frank Thomas, Seamus MacKee y, el aventurero por antonomasia, Peter Kemp²⁴ con el que, por cierto, podría establecerse más de un paralelismo con nuestro autor.

El valor de las memorias de guerra, en general, supera, en ocasiones, a su función de mero documento histórico puesto que suelen ofrecer otras múltiples lecturas de igual o mayor interés a la del acontecer bélico al que se refieren. La otra cara es que suelen estar sujetas, a la vez, a una serie de limitaciones y a una carga de subjetividad que, a veces, resulta insufrible. Como es lógico, la mayoría de los soldados autores de estas obras justifican su actuación personal

21. Vid. GRAVES, Robert: *Adiós a todo eso*. Barcelona: EDHASA, 1985.

22. WATKINGS, K. W.: *Britain Divided: The Effect of the Spanish Civil War on British Political Opinion*. Londres: Nelson, 1963.

23. Vid. KEENE, Judith: *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*. Barcelona: Salvat Editores, 2002.

24. Vid. KEMP, Peter: *Mine Were of Trouble*. Londres: Cassells, 1957. Traducción española, aunque con recortes debidos a la censura: *Legionario en España*. Barcelona: Ed. Caralt, 1959.

con un grado de sinceridad variable según los casos; en menor medida, puede encontrarse una exposición de la evolución personal experimentada tras este hecho de armas y ya lo que resulta bastante infrecuente es toparse en ellas con interpretaciones generales y grandes explicaciones causales que superen lo meramente testimonial y el trasunto anecdótico. Los defectos achacables a la misma memoria humana afectada por criterios selectivos de elección, por los olvidos y las deformaciones provocadas con el paso del tiempo y los ajustes de cuentas con personas y hechos, así como la confusión que acaba dándose entre deseos y realidades, son, sin duda, algunos de sus mayores inconvenientes. Todos estos rasgos afectan por igual tanto a Wintringham como al resto de sus correligionarios del Batallón inglés que vertieron sus recuerdos al papel, como hicieron Frank Ryan, John McNair, Bill Alexander, Laurie Lee y William Rust, entre otros²⁵, pero en el libro de Tom se encuentran marcadamente elementos distintivos y originales que lo diferencian de la mayoría de ellos, tanto en la forma como en el fondo. Su preocupación estética y literaria va mucho más allá de las de una mera crónica periodística o propagandística y de las narraciones al uso; junto con la obra de Lee, constituye la pieza de mayor calidad y altura formal de cuantas se escribieron. En cuanto a su contenido, recoge otros muchos aspectos además de los propios de las Brigadas Internacionales y de la Guerra Civil; son aspectos que reflejan la mentalidad del autor en todo su vigoroso individualismo y como miembro a la vez de un grupo muy concreto —los intelectuales izquierdistas británicos salidos de la clase media y alta— al que perteneció plenamente por más que, a veces, lo negase con su vehemencia acostumbrada.

Ideología, propaganda y verdad

Aunque, cuando sale el libro a la calle, Thomas ya no pertenece al Partido controlado bajo la mano férrea de Harry Pollit, él sigue «pensando en comunista»; es decir, sigue creyendo que la propaganda es un arma tan eficaz como las ametralladoras para derrotar al fascismo; se siente obligado a ello por solidaridad con los compañeros que han dejado sus vidas y sus sueños en los campos españoles y a esa camaradería tan propia de los excombatientes de cualquier bando y época, se le une también la creencia que mantiene en los principios que le trajeron a España por encima de la disciplina y de las consignas del Partido. Asume y difunde, tal y como ya se ha dicho en páginas anteriores, todas las consignas y los manidos tópicos que se fueron construyendo a lo largo de la Guerra Civil en el bando que finalmente será derrotado y que transformados en eslóganes repetirán

25. RYAN, Frank (ed.): *The Book of the XVth Brigade: Records of British, American, Canadian and Irish Volunteers in the XV International Brigade in Spain 1936-1938*. Madrid: War Commissariat, 1938; McNAIR, John: *In Spain Now*. Londres: ILP, 1936-1937 y *Spanish Diary*. Leeds: ILP, 1938; ALEXANDER, Bill: *British Volunteers for Liberty*. Londres: Lawrence & Wishart, 1982; RUST, William: *Britons in Spain*. Londres: Lawrence & Wishart, 1939; LEE, Laurie: *Díptico español (una mañana de verano de 1934. Un instante en la Guerra)* —es esta última, de las dos obras, la referida específicamente a su azarosa estancia en las Brigadas—. Barcelona: Península, 2002.

una y otra vez los simpatizantes británicos en mítines y manifestaciones; sorprende bastante que en un espíritu tan inquieto como el de Wintringham y con esa capacidad de análisis que muestra siempre en otros asuntos no exista el más mínimo cuestionamiento hacia la orientación dada por Negrín al conflicto, ni hacia el creciente culto a la personalidad de los héroes comunistas españoles y extranjeros, ni al peso cada vez mayor del PCE y de los asesores rusos en el ejército gubernamental ni de la asunción a pies juntillas del «primero ganemos la guerra y luego hagamos la revolución» que dejaba en suspenso todos los experimentos de colectivización y autogestión... La explicación a esto es que el autor, en 1939, todavía quería seguir siendo, por encima de todo, marxista y hasta era capaz de justificar racionalmente su expulsión del aparato político por motivos puramente personales pero no por disidencia ideológica alguna. Sin embargo, si analizamos cuál es en realidad el marxismo que tanto defiende el autor, podemos ver que es muy laxo puesto que en sus argumentaciones no emplea los elementos doctrinales clásicos teleológicos sobre los modos de producción o la lucha de clases como motor histórico y menos aún la teoría leninista sobre la revolución. En realidad, el marxismo de Thomas era sólo algo metodológico y, a la vez, sentimental; una mera herramienta de estudio, explicación y aproximación científica a cualquier hecho y una forma de dar rienda suelta a su deseo de justicia social, propia de un humanismo liberal que es, en el fondo, su verdadera ideología que aflora a la más mínima ocasión; por ejemplo, la mayor preocupación que invade al autor del libro en la Batalla del Jarama es, con diferencia, la soledad del mando —capítulo 9— que siente como una losa sobre sus hombros; también, cuando presenta las motivaciones que animaron a sus correligionarios para integrarse en las Brigadas se detiene especialmente en el espíritu suicida de autodestrucción, «El deseo de morir» —capítulo 13— de muchos de los hombres; estas dos consideraciones resultaban impensables —«pequeñoburguesas»— en el rígido esquema mental monolítico y dirigista que caracterizaba entonces al comunismo. De hecho, dos años después, en su obra *Politics of Victory* (1941) busca seguir aferrado nominalmente a una filosofía que cada vez tiene menos que ver con su forma de actuar y de pensar pero a la que considera válida al menos como marco general de explicación teórica, aunque sus interpretaciones ya tengan muy poco que ver con las canónicas como puede constatarse en estos párrafos:

[...] el marxismo es un método de pensamiento por el que los hombres interpretan el mundo y un método de acción por el que los hombres cambian el mundo [...] El marxismo parte de una proposición tan simple como ésta: que la manera en que los grupos de personas llevan su vida determina la forma en que estos hombres viven. De la forma en que ellos vivan sus vidas influirá decisivamente en la forma en que piensen y sientan. De la forma en que los hombres lleven sus vidas [...] se derivarán sus instituciones y gobiernos. [...] Los hombres se dividen en clases por las formas que viven sus vidas [...] Hay veces en las que se hace necesario, cuando los hombres avanzan hacia nuevos poderes y hacia nuevas esperanzas, acabar con las instituciones y gobiernos anteriores para que se construyan unos nuevos. Estas destrucciones y reconstrucciones son las revoluciones.

Tampoco cuadraba mucho con el pensamiento oficial del Partido la admiración que le provocan los Estados Unidos, muy superior, por cierto, a la que muestra por la patria rusa del proletariado que conocía de primera mano; la admiración comprende a los entusiastas integrantes del Batallón Lincoln-Washington pero la hace extensiva al espíritu ingenuo, luchador y abierto de sus habitantes ajenos a los prejuicios europeos, hacia su sociedad ferozmente competitiva basada en el mérito en vez del nacimiento y hasta a su democracia caracterizada por un culto al liderazgo y al sentimiento de libertad del individuo, sustentados en un optimismo vital y confiado en sus fuerzas cuya mejor muestra es el «New Deal» rooseveltiano al que elogia profusamente; pero, lo que más aprecia del país norteamericano es su evolución permanente en todos y cada uno de los aspectos de la existencia. Este principio, el del constante devenir al que identifica con la noción de progreso, llega a ser casi una fijación obsesiva de su ideario que aplica absolutamente a todo, ya se trate de la guerra —«En guerra, sólo el cambio es admisible», sostenía su admirado Von Moltke, el viejo—, la sociedad, la política, el arte, etc.

Con respecto a la imagen que se nos brinda de España en el libro, puede resultar un tanto decepcionante para el lector que apenas encontrará referencias y descripciones de los distintos lugares geográficos que se mencionan en él y por los que anduvo el autor, al margen de los campos de batalla. En su intento por huir de las descripciones y del colorido local tan propio de las guías turísticas, la España de Wintringham es un rincón del mundo prácticamente aislado del resto, un país sumido en un atraso de siglos y sin atractivo alguno, con pocas infraestructuras diseminadas en medio de un paisaje feroz, duro y reseco que impide el desarrollo de cualquier actividad humana elevada, con un clima insufrible por lo extremo y con unos pueblos y ciudades sin interés alguno, exceptuando Barcelona a la que salva únicamente por su actividad industrial y portuaria. El Albacete de las Brigadas Internacionales, la población en la que permaneció por más tiempo, se nos describe con un par de pinceladas como un poblachón manchego, lúgubre y hosco, sin el menor rasgo de civilización; pero nada se resalta de Madrid, de Zaragoza, de Valencia, de Bilbao, de Teruel, de Huesca, etc., excepto su carácter de servir como telón de fondo a la lucha. La dedicación absoluta a la misión que le trajo hasta aquí y la vorágine de la Guerra le impidieron ver en el suelo español algo más que sus meras condiciones tácticas. El contacto que mantuvo con la forma de vida de nuestro país no pasó de un nivel meramente epidérmico; sus opiniones sobre las costumbres, la idiosincrasia y otros aspectos menores de la vida cotidiana, como la gastronomía —véase por ejemplo sus consideraciones sobre el chorizo o los guisos de bacalao del capítulo 5—, el ocio, la actitud pasiva y determinista de los españoles hacia la muerte o hacia las dificultades se ajustan a los tradicionales tópicos que podría sostener, igualmente, cualquier viajero de la agencia Cook. A pesar de sus esfuerzos y de su proverbial tenacidad, Thomas no aprendió mucho español como se advierte cuando transcribe los nombres de los sitios y alguna que otra expresión y palabra suelta en nuestro idioma; tampoco hay excesivas referencias literarias o históricas

de nuestro pasado, hecha la salvedad del Quijote —al parecer, una de sus lecturas favoritas— y de la Guerra Peninsular. Esto no supone en ningún momento un menosprecio hacia los españoles sobre los que se refiere siempre en términos tan elogiosos —pero quizás idealizados— como los que recoge en las últimas páginas: «[...] su trato amistoso, grave y digno o alegre y simplemente humano, su afán por aprender y liberarse por sí mismos, su sorprendente valor [...]», pero es una clara muestra de las evidentes dificultades de sintonía —que las hubo— entre brigadistas y nativos y cuya última causa no fue sólo la barrera idiomática. Obviamente, *English Captain* minimiza toda esta problemática sobre desencuentros y roces así como aquellos aspectos que pudieran enturbiar el buen nombre de las Brigadas Internacionales al sacar a la luz historias de desertores, espías, ladrones, borrachines, falsarios, mandos incompetentes, etc. Pero, como en el fondo le repugnaba toda tendencia hagiográfica, se recogen entre líneas y de manera más o menos velada muchas de estas desagradables circunstancias y tristes episodios tan comunes, por otra parte, a cualquier fuerza militar. Igualmente, huye en lo que puede de la exageración y, así, el balance final que efectúa sobre el verdadero papel de las Brigadas está muy lejos del protagonismo que se atribuyen mayoritariamente las restantes autobiografías:

Se verá que nuestras Brigadas Internacionales que en su mejor momento tuvieron en torno a unos quince mil extranjeros combatientes en el frente, jugaron una parte necesaria en la construcción de los ejércitos de España y en la defensa de los campos de España —una parte necesaria, pero no «la» gran parte—. Los voluntarios internacionales fueron una parte muy pequeña del ejército que sostuvo Madrid; durante los dos primeros años de la Guerra, rondamos en torno al 3 por ciento de las fuerzas de la República; después, incluso, fuimos menos que eso.

Wintringham procuró en todo momento que las Brigadas no fueran consideradas como una creación comunista sino la continuación de una tradición muy anterior en el tiempo²⁶, la de los «ejércitos voluntarios de carácter internacional», que arrancarían de los contingentes protestantes alemanes y suizos que ayudaron a los hugonotes franceses y de los voluntarios ingleses que acudieron en socorro de los holandeses sojuzgados por el duque de Alba hasta llegar en este itinerario histórico a Lord Byron y a su famosa expedición griega de 1824. Es difícil saber hasta qué punto él mismo estaba convencido de dicha afirmación o la utilizaba básicamente para buscarse el apoyo de aquellos sectores del Reino Unido a los que el comunismo resultaba, cuando menos, peligroso o inquietante. En esta misma línea por intentar llegar al mayor número de sectores posible procurando ayudas para la causa republicana, estaría también la argumentación que emplea para defender el buen nombre del Batallón británico de los ataques en torno a su radicalismo ideológico y la acusación imputada sobre la inclusión mayoritaria

26. Esta misma consideración coincide con la del yugoslavo «Théodore Balk» —seudónimo de Fodor Dragutin—, cronista a su vez de la XIV Brigada.

entre sus filas de «la hez de los desempleados» y del lumpen de las Islas; ante la campaña orquestada de desprestigio que se había desatado se defiende, curiosa y contradictoriamente, echando mano de un asumido patriotismo presente en muchos momentos del libro y presentando, además, una completa lista²⁷ de las personalidades culturales y de otro tipo que se alistaron en el Batallón como forma de darle una especie de «lustre social» al mismo, lo que no deja de resultar un tanto chocante por lo que tiene de aristocrático y elitista.

Forma y estilo de English Captain

La estructura del libro discurre siguiendo un eje cronológico que va desde el inicio de la guerra hasta la retirada de las Brigadas Internacionales a finales del 38, pero este principio ordenador tiene un carácter muy abierto lo que le permite hacer continuamente referencias a otros momentos en el tiempo ya sea hacia delante o hacia atrás. A la vez, el relato se intercala frecuentemente con reflexiones personales y con las más variadas consideraciones sobre todo tipo de asuntos que conforman así una obra muy original al ser una mezcla ponderada del género de las memorias con el del ensayo —técnico, histórico y filosófico— y, en muchos momentos, con el reportaje periodístico y con episodios narrativos convencionales. Los quince capítulos de que consta van encabezados siempre por unos títulos sugerentes, muy apropiados para ocupar por sí solos las grandes letras de los titulares informativos y en los que se asoma la vena y la maestría publicista del oficio de su autor. Excepto el primero de ellos, todos llevan una cita introductoria relacionada con su contenido; la procedencia de las citas varía desde la literatura clásica greco-latina o el francés Montaigne, pasando por párrafos extraídos de obras militares y reglamentos —como el del Ejército Rojo o el reglamento de fusileros y granaderos de su Graciosa Majestad—, escritos de personajes históricos varios —desde George Washington a Foch o Ludendorff—, documentos oficiales relativos a su nombramiento y destino y extractos de artículos publicados en la prensa inglesa y americana referentes a las Brigadas o al desarrollo de la Guerra, canciones de marcha... Este eclecticismo, tan moderno por otra parte, de las citas armoniza perfectamente con el eclecticismo de géneros y estilos que emplea en el texto. Wintringham es un magnífico escritor dotado de una prosa ágil y muy directa, que se mueve con plena comodidad en multitud de registros y que resulta tan hábil pintando tanto los ambientes de las bases de las Brigadas o las acciones de guerra como los centenares de personajes

27. Poetas y escritores (Ralph Fox, Hugh Slater, John Cornford, Julian Bell, St. John Springg, Charles Donnelly, Ralph Bates, Miles Tomalin...), artistas (Arthur Olorenshaw, músico; Bee, arquitecto; «Maro» el caricaturista...), «hijos de buenas familias» (los sobrinos de Churchill —Giles y Esmond Romilly—; Noel Carritt y su hermano, procedentes de Boar Hill, Oxford; Malcolm Dunbar, hijo de Lady Dunbar; David Mackenzie, hijo de un almirante; Lewis Clive, descendiente de «Clive de la India»; Clive Branson; Peter Whittaker; el joven Traill de Bloomsbury; Chris Thornycroft...), científicos (Alexander, Lorimer Birch...), deportistas famosos y hasta un pastor anglicano, el reverendo Hilliard, conocido como el «pastor boxeador» de Killarney.

que desfilan por el libro; logrando captar siempre la atención del lector a base de dosificar inteligentemente acción y reflexión, diálogos y descripciones. El que fuera una obra destinada, desde un principio, al gran público y animada por un carácter divulgativo y propagandístico no supuso que se planteara en ningún momento renunciar a una calidad literaria que, indudablemente, posee. A su vez, la Editorial y Wintringham acordaron insertar una serie de ilustraciones para aumentar el atractivo de *English Captain* y poder competir en un mercado, el de los libros sobre la Guerra Civil, que estaba ya de por sí al borde de la saturación; fue una muestra más de la modernidad que impregna toda la obra. Se intercalaron hasta veinticuatro fotografías de Vera Elkan, un mapa-resumen de la Guerra y seis figuras-gráficos de elaboración propia aunque dibujadas, probablemente, por Bee, el arquitecto y topógrafo del Batallón. Elkan, una joven de origen sudafricano y de ascendencia judía, vino a España oficialmente como enfermera aunque su actuación primordial tuvo lugar como fotógrafa y cineasta, rodando para la «Progressive Film Institute» —sociedad fundada por Ivor Montagu— el documental *International Brigade o International Column*, en la primavera de 1937; de este rodaje proceden primordialmente las fotos cedidas para su edición por la «United Editorials Limited».²⁸

La actuación política y organizadora de Thomas y su labor como analista militar han ensombrecido un tanto su valía literaria; menos mal que su poesía ha sido puesta en valor recientemente²⁹, pero habría que hacer algo similar para reivindicar su prosa tras la que se esconde un gran novelista frustrado y es que la literatura está constantemente presente en el libro. Autores y obras salen a colación y se comentan atinadamente a cada instante, ya sea en medio de un tiroteo o en la conversación mantenida con los alumnos, entre clase y clase, de la Escuela de Oficiales. Su amor por la literatura que arranca de una infancia y adolescencia llena de libros por todas partes se acrecentó con su sólida formación y con su permanente interés por seguir las novedades en el panorama de la literatura contemporánea. La enorme amplitud de su gusto literario abarca por igual a clásicos y modernos, literatura juvenil y «literatura del compromiso», autores ingleses y americanos de todos los tiempos con especial predilección por los autores sociales y la «Generación Perdida» —Steinbeck, Dos Passos, Fitzgerald, Faulkner, Hemingway...— y un larguísimo etcétera cuyo análisis merecería por sí sólo una extensión mucho más amplia que la que tiene cabida en este artículo. Ecos de todo ello pueden rastrearse fácilmente en las páginas de *English Captain* que siempre encuentra un sitio para incorporar alguno de sus poemas favoritos, especialmente de los que se escribieron en el seno de las Brigadas, o bien en adoptar

28. CRUSELLS, Magí: *Las Brigadas Internacionales en la pantalla*. Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 226-227.

29. Su biógrafo Hugo Porcell ha publicado *We're Going On- Collected Poems*. Londres: Smokestack Books, 2006 y se incluyen traducciones de dos de sus poemas de Guerra: «The Splint» («El entablillado») y «Barcelona Nerves» («Aguantar en Barcelona»). En: *Poesía anglo-norteamericana de la Guerra Civil española. Antología bilingüe*. Salamanca: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Ciencia, 1986.

el justo tono lírico o épico cuando la ocasión lo requiere y también caben toda una serie de anécdotas cuarteleras a cual más hilarante y absurda que sirven para rebajar la tensión y aligerar la lectura con un fino humorismo irónico y disparatado digno del mejor P. G. Woodhouse o de Evelyn Waugh.

En paralelo con esta dimensión literaria y con la propensión del autor hacia ella, tiene que ser considerada también la dimensión histórica que posee esta obra y la actuación de Wintringham como historiador, un magnífico historiador aunque, siempre, lejos del academicismo y de sus imposiciones formales. Bastaría con leer *Weapons and Tactics...* (1943) para hacerse una idea del enorme bagaje y del calado de sus conocimientos sobre la Historia Mundial y, con especial incidencia, sobre la Historia de Inglaterra que le permitieron trazar un recorrido exhaustivo en torno a la evolución del concepto de la guerra a lo largo de casi tres mil años. Muchas de las ideas presentes en él estaban ya en embrión en *English Captain* y son un claro exponente de su teoría de la Historia con mayúsculas; una teoría que huye todo lo que puede de la erudición estéril y que está mucho más cercana a la consideración clásica del «Historia magister vitae» que a la de la visión marxista canónica del devenir y sus leyes, tal y como se dijo con anterioridad. Opuesto a las interpretaciones cíclicas, tan de moda en los años de entreguerras, cree en la continuidad lineal de la historia y del Progreso y en la existencia de fenómenos —como la guerra— de larga duración que necesitan de un análisis de grandes periodos cronológicos para poder llegar a su entendimiento completo. De ahí que utilice frecuentemente el recurso a la historia comparada que le hace establecer semejanzas —y diferencias, también— con otros acontecimientos en los que encuentra analogías como hace, por ejemplo, entre la Guerra Civil española y la de Secesión americana o entre la situación de la retaguardia republicana y la que había en la retaguardia de los independentistas norteamericanos o entre Verdún y la defensa de Madrid o entre las milicias civiles inglesas y las milicias locales de partidos y sindicatos, etc. Lo importante, nos dirá, es entender el presente a través del pasado, de ahí la gran utilidad de la Historia y de ahí, la necesidad de convertirla en una asignatura troncal en cualquier sistema de enseñanza ya sea el escolar en todas sus etapas, ya sea el militar, tanto en los niveles de formación de jefes y oficiales como en el de la tropa. Una Historia que no potencie los mitos nacionales o los metarrelatos justificativos de un orden político-social determinado sino que contribuya a desarrollar la capacidad de espíritu crítico y la defensa de los principios democráticos, ésa sería su máxima aspiración. Según él, esto se lograría plenamente si se prestara más atención a los fenómenos sociales, especialmente los que supusieron grandes cambios, y a la vida cotidiana en vez de a las listas de reyes y los nombres de batallas, lo que no supone en ningún caso que desprecie la historia bélica. Al contrario, sostiene que la guerra resulta un acontecimiento histórico de primer orden, lleno de enseñanzas de todo tipo y que la pretensión pacifista de dejarlo fuera de la enseñanza sería un error mayúsculo y lo dice él, que fue un convencido y activo pacifista toda su vida.

Han pasado setenta años desde que este libro fuera escrito y sesenta desde que murió su autor y, sin embargo, tanto el uno como el otro siguen teniendo algo que aportar al hombre contemporáneo; no nos importan ahora las contradicciones ni las motivaciones coyunturales que lo hicieron aparecer en su día, todas ellas perfectamente justificables, sino la vigencia que sigue teniendo y el atractivo indudable de su lectura. Éstas constituyen las señas de identidad de un clásico, atípico y contradictorio si se quiere, pero un clásico en el pleno sentido de la palabra.